

“Señor, ¿tú me lavas los pies?”.

Cap. Miranda.

(Jn. 13:6)

Sal. 116:5-19; Éx. 2:1-14; 1 Co. 11:20-29; Jn. 13:1-17

Sermón

Jesús y sus discípulos comparten la última cena. Jesús, sabiendo lo que iba a suceder, de la tradición de Judas, quiere dejar a sus discípulos un ejemplo suyo a seguir. Se trata de un ejemplo a amor. El amor que Cristo tuvo por ellos se expresó en un servicio doméstico, simple, y para nada impresionante: lavar los pies de ellos. Mientras estaban cenando, Jesús hizo esto: no lo dejó para el final, en donde instituyó el Sacramento de la Santa Cena, cuando Judas ya se había ido, sino en medio de la cena pascual.

Los discípulos, al parecer, no se habían lavado los pies al entrar en la casa, como era la costumbre judía. Los pies llenos de polvo y con olor, no era algo agradable en una anotación cerrada. Con este ejemplo de lavarles los pies, Jesús nos enseña sobre la naturaleza del servicio cristiano: busca suplir una necesidad, una carencia. Algo tan simple como lavarles los pies al otro, pero al mismo tiempo algo tan necesario.

La segunda enseñanza que Jesús nos deja, sobre la naturaleza del amor cristiano, es este gesto de agacharse, de inclinarse frente al otro. Solamente se puede amar y servir, cuando se deja el orgullo de lado, y cuando destinamos trabajo, recursos y tiempo para ayudar a nuestro prójimo en necesidad. Jesús hizo eso precisamente: se inclinó y comenzó a lavarles los pies.

La tercera cosa que Jesús nos enseña sobre el servicio cristiano, es que no es algo común, y por eso Cristo nos da este ejemplo: para que se torne algo común, normal, cotidiano, esto de servir al otro en cosas simples, como lavarles los pies. El servicio al prójimo, incluso en la iglesia cristiana, deja a veces bastante que desear. Hay veces en que nos toca servir como Cristo sirvió: solo, sin que nadie le acompañe. Esa noche solo Cristo les lavó los pies, y fueron doce los que recibieron el beneficio. Lamentablemente parece ser que los cristianos son un poco lentos de aprender esto del amor que sirve. Todavía hoy en la iglesia cristiana son pocos los que sirven, y muchos los que se benefician del servicio de estos. En realidad, esto nos llama a revisar nuestra vida: ¿de qué lado estoy, del lado del que sirve al prójimo, o del lado del que se beneficia gratis, no haciendo nada después en respuesta de gratitud?

La cuarta cosa que Cristo nos enseña al lavarles los pies a los discípulos, es que el servicio en la vida cristiana es una parte esencial de la misma, algo de todos los días, no es un pasatiempo, como algunos que hacen obras de caridad para ser vistos por los hombres y alabados por ellos. El servicio en el cristiano es una parte esencial de su día a día. El cristiano, movido por la fe en su Salvador, busca servirle y obedecerle en la persona del prójimo, de quien tiene a su lado. Servir como cristiano a mi prójimo, desde el punto de vista de lo que Cristo hizo esa noche, es un honor, un privilegio, no apenas un deber. “Sirvo porque así lo quiero”, confiesa el cristiano motivado por el evangelio.

Y de esto necesitamos aprender. Nuestro servicio es voluntario en la iglesia, pero que sea voluntario no quiere decir "permiso para decidir hacer o no hacer". Que mi servicio en la iglesia es voluntario, significa de que la fe en Cristo me hizo libre de la obligación de la ley, para que en su lugar yo sirva ahora de corazón, asumiendo el compromiso del servicio reconociéndome servido por Dios por lo que Cristo me dio en la cruz: perdón de mis pecados, vida y salvación eterna.

Es la fe en el servicio de Cristo por amor a mí y todas las personas, lo que me libera para a su vez servir de verdad, con un corazón y una motivación renovada, plena, y auténtica. La fe me libera de la obligación de servir, pero es la misma fe que, por amor al prójimo en su necesidad, a su vez me lleva a servirle con un espíritu y corazón voluntario.

Finalmente, frente a la pregunta que Simón Pedro hizo a Jesús esa noche, "Señor, ¿tú me lavas los pies?", uno ahora puede decir con seguridad: "Sí, Pedro, para eso vine, a servir, no a ser servido. Te dejo ejemplo para que sigas mis piadas. Bienaventurado serás si haces estas cosas, a pesar de que el mundo no lo valore ni no entienda. Pero espero que tú sí lo hagas por mis hermanos más pequeños. Pedro, estás dispuesto a servirme en el servicio a tus hermanos? Pedro, ¿me amas? Entonces, ven y sígueme, diciendo a tus hermanos". Amén.